

## Artículos seleccionados

# Desterritorializar el campo grupal: la potencia de los grupos a distancia

**Claudio Robles<sup>a</sup> y Ana Sato<sup>b</sup>**

|                      |                           |
|----------------------|---------------------------|
| Fecha de recepción:  | 26 de agosto de 2020      |
| Fecha de aceptación: | 19 de octubre de 2020     |
| Correspondencia a:   | Claudio Robles            |
| Correo electrónico:  | mgclaudiorobles@gmail.com |

- a. Magister en Trabajo Social. Carrera de Trabajo Social. Facultad de Ciencias Sociales, UBA.
- b. Lic. en Trabajo Social. Carrera de Trabajo Social. Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

### Resumen:

La pandemia por Covid-19 impuso diversas medidas de cuidado, entre ellas el llamado aislamiento social, que no representa *stricto sensu* un proceso de desvinculación social, sino que, contrariamente, ha servido a los fines de pensar nuevas modalidades de estar con otras/os.

Entre los diversos impactos que esta crisis sanitaria produjo, también debieron redefinirse las modalidades de relación interpersonal para garantizar la satisfacción de necesidades de diverso orden. Este trabajo aborda las modalidades no presenciales de intervención grupal, cuya emergencia resultó de carácter masivo a partir de la pandemia y que imponen la necesidad de repensar las clásicas reuniones grupales cara a cara. Abordar los obstáculos que se interponen en la apropiación de estas estrategias grupales remite a las categorías de acontecimiento, disponibilidad, descubrimiento, potencia y desterritorialización.

Nos proponemos reflexionar acerca del modo en que la definición de grupo resulta aplicable a los grupos no presenciales, abordando además algunas de las habilidades indispensables en el ejercicio de la coordinación grupal y su relación con los grupos a distancia.

Es preciso comprender que las formas de intervenciones colectivas no presenciales suponen una práctica de democratización y socialización del conocimiento, cuestión que se advierte a través de un sinnúmero de actividades virtuales recientemente desarrolladas. En contextos de excepción como el actual, las interacciones a distancia posibilitan la integración del sujeto al medio, promoviendo mayores niveles de inclusión y accesibilidad.

**Palabras clave:** Trabajo social con grupos — Grupos no presenciales — Virtualidad grupal.

### Summary

*The Covid-19 pandemic imposed various measures of care, among them the so-called social isolation, which does not represent stricto sensu a process of social disengagement, but on the contrary, has served the purpose of thinking about new ways of being with others.*

*Among the various impacts that this health crisis produced, the interpersonal relationship modalities also had to be redefined to guarantee the satisfaction of diverse needs.*

*This work addresses the non-face-to-face modalities of group intervention, whose emergence was of a massive nature since the pandemic started. These modalities impose the need to rethink the classic face-to-face group meetings. Addressing the obstacles that stand in the way of the appropriation of these group strategies refers to the categories of event, availability, discovery, potency and deterritorialization.*

*We propose to reflect on the way in which the definition of group is applicable to non-face-to-face groups, also addressing some of the essential skills in the exercise of group coordination and its relationship with remote groups.*

*It is necessary to understand that the forms of collective non-face-to-face interventions involve a practice of democratization and socialization of knowledge, an issue that is noticed through a number of recently developed virtual activities. In exceptional contexts such as the current one, distance interactions make it possible to integrate the subject into the environment, promoting higher levels of inclusion and accessibility.*

*Key words:* Social work with groups - Non-face-to-face groups - Group virtuality.

## A modo de introducción

El Trabajo Social como profesión y como disciplina ha prestado, históricamente, especial atención a los efectos del contexto social en la constitución del sujeto y sus relaciones interpersonales. Desde diversas perspectivas teóricas se alude al carácter determinante o condicionante de los factores macrosociales, supraestructurales, macrosistémicos, comunitarios, según cada perspectiva los nomina y explique. La teoría pichoniana ha explicado largamente el carácter producido (aunque también productor) del sujeto, al que comprende como *“un ser de necesidades que sólo se satisfacen socialmente en relaciones que lo determinan. Nada hay en él que no sea resultante de la interacción entre individuos, grupos y clases”* (Quiroga, 1986:32).

Desde hace pocos meses, el mundo se ha visto profundamente impactado -y esperamos que también esté/ estemos siendo interpelados/os- por el Covid-19, declarada por la OMS como pandemia el pasado 11 de marzo y que no reconoce precedentes a nivel mundial (no obstante otras pandemias como la viruela, el sarampión, la gripe española, la peste negra y el VIH) y que ha recluso a personas y familias a un aislamiento social, preventivo y obligatorio (ASPO), impuesto por el gobierno nacional, a efectos de disminuir los riesgos del coronavirus.

Reflexiones de diverso orden vienen produciéndose en torno a este particular momento histórico, que incluye a pensadores como Byung-Chul Han, Slavoj Žižek, Giorgio Agamben, Alain Badiou, Markus Gabriel, para men-

cionar algunos. También desde el Trabajo Social vienen produciéndose distintos ensayos que abordan las intervenciones territoriales y microsociales; propuestas para el autocuidado de los/as trabajadores/as sociales; la revalorización del lugar del Estado; los nexos entre capitalismo y violencia; el riesgo a un aislamiento permanente por miedo al otro/a; las relaciones desiguales del encierro; el riesgo de la militarización de la vida cotidiana; el papel de los medios de comunicación, entre otros. Se trata de temáticas relevantes que instalan nuevos debates en el colectivo profesional y con las que mantene-mos, en términos generales, acuerdos significativos.

Resulta impensado desde el Trabajo Social silenciar las desiguales posiciones y situaciones en que se encuentran los sectores más vulnerables. Tampoco desconocemos que existen sectores que se beneficiarán a costa del dolor y desamparo de las personas más indefensas. Nos motiva el anhelo de realizar un aporte, en tiempos de profundo dolor e incertidumbre, invitándonos -primero a nosotros/as mismos/as- a reflexionar en el vínculo con el otro/a. Transitamos un tiempo de crisis y éstas son también oportunidades para construir nuevos comienzos más humanos e igualitarios.

Esta pandemia ¿nos expone -de algún modo- a una nueva herida narcisista infringida a la humanidad? En efecto, fueron tres las heridas que como humanidad hemos vivido: la revolución copernicana (la Tierra no es el centro del universo); la revolución darwiniana (el ser humano no es producto de la creación divina sino de la evolución de los primates) y la revolución freudiana (el yo consciente no es el centro de la personalidad). No sabemos si esta pandemia reúne las características para imponer una nueva herida narcisista, toda vez que no es la primera ni la más grave -en términos de muertes- que otras pandemias han producido a nivel mundial. Pero sí podemos reflexionar sobre la posibilidad de que nuestro narcisismo en torno al conocimiento científico -como postulaba Freud- se constituya en el principal obstáculo para el progreso del conocimiento (Anzieu, 1971).

De allí que, en esta línea, nos interesa reflexionar en torno a las resistencias epistemológicas y prácticas a lo que, provisoriamente, llamaremos la virtualidad grupal, esta modalidad de comunicación interpersonal que se impuso de manera abrupta e inesperada en las familias, los ámbitos productivos, la escuela, la universidad y muchos otros espacios en los que la privación del contacto presencial promovió necesidades que motorizaron nuevas formas de vinculación entre las personas. El llama-

do aislamiento social constituye un aislamiento físico que, en muy diversos ámbitos, no representa *stricto sensu* un proceso de desvinculación social, sino que - contrariamente- ha servido a los fines de pensar nuevas modalidades de estar con otros/as.

Tales experiencias nos empujan a mirar las diferentes escenas que emergen como signos, forzándonos a pensar por fuera de lo ya pensado, de lo que vemos en primera instancia, de nuestras representaciones y de las que se ponen en juego ante estos nuevos escenarios.

Duschastzky sostiene que *“el problema aparece cuando el pensamiento se ve sacudido por una fuerza que no alcanza a comprender, pero tampoco puede desoir (...) cuando lo pensado no alcanza (...) cuando percibimos inconsistencias”* (2013:6) y lo inconsistente es aquello que no se deja atrapar por las representaciones.

Cuando Anzieu (1971) historiza el concepto de grupo, fundamenta la existencia de una resistencia epistemológica a lo grupal, que deriva del temor de volver a pensar la propia situación en un nuevo marco de referencia sometido a discusión, de la dificultad de todo ser humano para descentrarse en relación consigo mismo; el grupo constituye una alienación para la personalidad individual ya que es vivido como peligroso para la autonomía, para la libertad. Para Anzieu, esa resistencia a pensar lo grupal deviene de la resistencia del sujeto contemporáneo a la vida grupal, al mismo tiempo en que las angustias primitivas -entre las que menciona el temor a la despersonalización- son el motivo de la resistencia epistemológica y práctica al grupo. Para la sociedad, el grupo es una fuerza a su servicio, al tiempo que puede volverse contra ella. El grupo es así, también, una amenaza por su carácter conspirativo, por su peligro virtual. La última dictadura militar argentina supo sacar vil provecho de esa amenaza, persiguiendo toda actividad colectiva, amenaza que se sintetizó en la idea extendida por entonces que indicaba “más de tres personas es motín”. Son estas resistencias las que se reactualizan cuando se trata de habilitar otras formas asociativas de personas.

## Acerca de las prácticas grupales virtuales

Como trabajadorxs sociales y como docentes de una asignatura que aborda los procesos grupales e institucionales, nos interesa interpelar(nos) acerca de las resistencias que algunos aspectos del mundo digital han

generado y el viraje que muchas de estas prácticas de virtualidad han producido en nuestras representaciones -e, incluso, prejuicios- sobre esta modalidad de asociación de personas, los llamados "grupos virtuales". Hasta el advenimiento de esta pandemia, los grupos virtuales -salvo para quienes necesitaban de ellos de manera imperiosa, como las personas impedidas de deambular- eran observados con cierto desdén y desconfianza, acentuándose más sus obstáculos y riesgos que sus ventajas y posibilidades.

Sin embargo, es preciso comprender que esta modalidad grupal no nació con la pandemia, y tal como sostiene Dabas (1999) al referirse a las redes sociales, no se trata de inventarlos -puesto que ya fueron inventados- sino de descubrirlos. *"Esta concepción nos replantea la diferencia entre invención y descubrimiento. Consideramos que la gente, los grupos, las comunidades preexisten a nuestra conceptualización ya que cuando afirmamos 'esta es la realidad', dicha afirmación se constituye en algo nuevo, algo creado, inventado con respecto a un sistema que ya estaba funcionando"* (Dabas, 1999: s/p).

También es indispensable señalar que las formas de intervenciones colectivas no presenciales suponen una práctica de democratización y socialización del conocimiento, cuestión que hemos podido advertir a través de un sinnúmero de actividades virtuales desarrolladas a partir de la pandemia. En contextos de excepción como el actual, las interacciones a distancia posibilitan la integración del sujeto al medio, promoviendo mayores niveles de inclusión y accesibilidad.

Nuestra propia formación académica y la que acompañamos como docentes de futuras/os trabajadoras/es sociales ha puesto énfasis en la relevancia de las relaciones cara a cara -premisa que seguiremos sosteniendo-, pero aquello que hoy exige ser repensado es el lugar residual que le hemos asignado a los llamados grupos virtuales y la imperiosa necesidad de reasignarles valor como recursos para enfrentar diversos problemas.

Pensar las prácticas conocidas como virtuales nos conduce a una primera y necesaria aclaración. Según la RAE, la palabra virtual es un adjetivo que frecuentemente se encuentra en oposición a efectivo o real y que da cuenta de la capacidad de producir un efecto. Respecto de esto último no caben dudas: las prácticas llamadas virtuales tienen la capacidad de generar efectos de diversa naturaleza. Basta pensar la capacidad de movilización y resistencia lograda a través de las redes sociales, lideradas por cientos de miles de seres anóni-

mos que han conseguido torcer el rumbo, incluso, de decisiones de gobierno. Hace 25 años, Lévy (1999) sostenía que un nuevo dispositivo de comunicación, al que llamó comunicación todos-todos, apareció en el seno de las comunidades desterritorializadas muy amplias, como uno de los principales efectos de la transformación en marcha. Y afirmó: *"el ciberespacio en fase de constitución facilita una comunicación no mediática a gran escala que, a nuestro juicio, constituye un avance decisivo hacia nuevas formas más evolucionadas de inteligencia colectiva"* (1999:90).

Tan importantes son los efectos de estas prácticas, que su uso debe guardar reservas, puesto que sus consecuencias también pueden resultar impredecibles, con el agravante que impone la ausencia física para actuar de manera efectiva ante situaciones de emergencia. Pero adscribir a la idea de una práctica no real es un asunto muy diferente. En este sentido, para Lévy (1999) lo virtual no tiene nada que ver con lo falso o ilusorio, ni es lo opuesto a lo real, cuestión que el autor describe como una oposición fácil y equívoca, que presupone la realidad como realización material, sino es *"una forma de ser fecunda y potente que favorece los procesos de creación, abre horizonte (...) es un proceso de transformación de un modo de ser a otro"* (1999:8). El autor realiza un análisis entre lo virtual y lo actual. Sostiene que la palabra virtual tiene un origen en el latín medieval *virtualis*, que a su vez deriva de *virtus* que significa fuerza, potencia. Lo virtual existe en potencia, pero no en acto, tiende a actualizarse, aunque no se concrete formalmente. Por lo tanto, para Lévy, *"virtualidad y actualidad solo son dos maneras de ser diferentes"* (1999:10). A su vez, el autor marca una diferencia entre lo posible y lo virtual. Sostiene que lo posible es lo latente, un real al que solo le falta la existencia, mientras que lo virtual tiene que ver con la potencia, con el conjunto de fuerzas que acompaña a un acontecimiento o cualquier situación que reclame un proceso de resolución, y a este proceso de resolución lo denomina actualización, que es una forma creativa de solución que emerge de *"una configuración dinámica de fuerzas y finalidades"* (1999:11). Basta pensar en la constitución de grupos de aprendizaje a través de plataformas virtuales que surgieron en el ámbito universitario y en otros espacios ante la situación problema que presentaba el ASPO por el Covid-19.

Reemplazamos la presencia física en las aulas por la participación de estudiantes y docentes en una red de comunicación apoyada en soportes virtuales que favorecieron la hospitalidad y la cooperación ante un contexto incierto.

En este punto nos parece pertinente introducir el concepto de acontecimiento al que Alain Badiou define como aquello que sucede y *“hace aparecer cierta posibilidad que era invisible o incluso impensable”* (2013:21). Crea una posibilidad que necesita del trabajo colectivo o singular para que esa posibilidad se torne real y se inscriba en el mundo. Lo que sucede con un acontecimiento, es el quiebre de ciertas estructuras que nos otorgaban grados de certezas sobre los modelos que regulaban nuestras relaciones y va a *“transformar en una posibilidad aquello que fue declarado imposible”* (Badiou, 2013:23), posibilitándonos el beneficio de revisar nuestras formas de pensar, sentir y actuar.

La pandemia por Covid-19 puede pensarse en términos de acontecimiento. Con ella, no solo emergió el aislamiento social, el miedo, la incertidumbre y desolación, sino que también nos propone convertirnos en cartógrafos, cartografía comprendida como *“diseño que acompaña y se hace al mismo tiempo que los movimientos de transformación del paisaje”* (Rolnik, 1989). Como docentes universitarias/os y en el afán de acompañar y sostener el proceso pedagógico, la realidad nos invitó a ensayar recursos digitales poco utilizados hasta el momento, como forma de compensar lo que no podemos hacer presencialmente. Es así que, en el movimiento del paisaje académico emergieron las clases virtuales y se acentuó el uso de los grupos de whatsapp con las/os estudiantes. Teniendo en cuenta que uno de los problemas es no poder acceder a los contenidos teóricos en forma presencial, se abre la oportunidad de trazar otro territorio *“... que sólo puede ser alojado en un encuentro y es justamente en él donde la experiencia educativa tiene lugar”* (Duschatzky, 2010:294). Oportunidad que se desliza si estamos disponibles a la potencia de lo virtual y a la actualización que el paisaje actual nos entrega. A la vez, nos posibilita indagar sobre los efectos que producen los nuevos dispositivos tecnosociales, con sus cualidades temporo-espaciales y velocidades diferentes. Para Lévy, una de las características asociadas a la virtualización es el efecto Moebius que se da en diversos ámbitos y pone como ejemplo al teletrabajador, quien transforma su espacio privado en público y viceversa. De esta forma, *“los límites no son evidentes. Los lugares y los tiempos se mezclan”* (1999:18) y donde el yo y el otro se colocan en una espiral en la que el interior y el exterior cambian continuamente de lado, como en un anillo de Moebius.

Otro punto que merece ser aclarado -no obstante parecer innecesario- es que presencialidad y virtualidad/no presencialidad no resultan pares de un antagonismo excluyente. La impugnación de las prácticas grupales a distancia -como preferimos llamarlas a partir de estas consideraciones conceptuales- basadas en el argumento de lo insustituible de lo presencial, resulta doblemente falsa. Ni las prácticas a distancia sustituyen la presencialidad, ni éstas resultan en sí mismas garantía de éxito, ni dan cuenta, sin más, de una tarea cara a cara.

Así, presencia y distancia integran instancias complementarias y no reemplazables antagónicamente. Vale tomar nota en relación a que estos dos aspectos -presencia y distancia- resultan propios de toda relación vincular, ya sea cara a cara o a distancia. Así como una presencia sin límites ni distancias equivale a estar juntos, pero no a estar vinculados, una distancia sin implicación no produce aprendizaje, entendiendo a éste en el sentido pichoniano de apropiación de la realidad para transformarla. La categoría distancia óptima como habilidad en el ejercicio de la coordinación grupal también da cuenta de estos procesos.

Es Berenstein (2009) quien nos alerta sobre la necesidad de desalienarnos de la idea ilusoria y letal de una/o otra/o que nos completa. Dice el autor: *“La idea de algunas parejas y familias [podríamos agregar algunos grupos] de que ‘somos uno’ no sólo contiene un equívoco, sino que mantiene una capacidad letal en el repudio a la diferencia inherente a pertenecer a un conjunto. Cuando no es aceptado, se anula al otro y al mismo sujeto, ya que el vínculo es de esas producciones que son resultado de las acciones de más de uno, no menos de dos y desde el Dos”* (2009:18).

El autor plantea la existencia de tres estares-haceres en la relación entre los sujetos, a los que llama: estar juntas/os, estar relacionadas/os y estar vinculadas/os. Estar juntos se asemeja a una agregación de sujetos, donde el hacer se basa en buscar la similitud. Estar relacionadas/os supone estar con la/el otra/o, pero sin haberse modificado. Una/o está a merced de otra/o. Estar vinculadas/os, finalmente, lleva a que las/os sujetos sean otras/os de quienes eran antes de estar vinculadas/os, el vínculo regula las modalidades de relación y de él derivan las acciones de cada cual. Hay acciones de cada sujeto y acciones que surgen por el hecho de estar vinculadas/os.

1. Las teorías que postulan un centro se tornan trascendentes, es decir se encuentran por encima, algo que supera su importancia circunstancial. Cuando todo es mediado por ese modelo, si se cuestiona el centro, toda su estructura se cae.

Entonces, pensar desde los vínculos no es lo mismo que pensar en los vínculos, implica abandonar la idea de centro<sup>1</sup> y pensar desde el entre, desde lo que sucede, ya que lo vincular es producción y tiene múltiples maneras de componerse.

Si observamos los procesos y no los individuos, podemos captar el movimiento de lo que está sucediendo. Gilles Deleuze (2008), filósofo con una marcada impronta spinoziana, desarrolló una filosofía de la inmanencia. Su lógica es la del devenir y esto significa pensar las cosas desde lo que están siendo. Esta lógica se relaciona directamente con su idea de la potencia y con ella se refirió a las cosas de las que un cuerpo es capaz. En una de sus publicaciones sobre estudios del afecto, Lara (2015), al citar a Deleuze sostiene que, para el autor, *"la importancia no está en los estados sólidos y definidos de las cosas, sean categorías psicosociales o biológicas (...); sino en lo que sucede en dichos estados, aquello que los modifica. Los efectos de dicha potencia rebasan las fronteras físicas de los cuerpos, definiendo así una nueva frontera en función de la fuerza vital de cada cuerpo"* (2015:21).

Fue Spinoza quien habló de la potencia de los cuerpos y de las relaciones que componen y descomponen. Una relación que compone, aumenta la potencia y a la inversa. Por eso, para él no existía el bien y el mal, sino, lo que hace bien compone y aumenta la potencia y lo que hace mal, descompone y por ende disminuye la potencia de un cuerpo. En la experiencia actual de nuestra práctica docente, los grupos de aprendizaje en presencia o a través de plataformas virtuales, no son ni mejores, ni peores; en términos de Spinoza, ni buenos, ni malos. Simplemente son diferentes formas y en esos encuentros se deberá evaluar si componen y multiplican, o no; si son convenientes o poco convenientes. Seguramente que esto va a depender de innumerables variables a analizar, incluyendo la propia percepción de nuestra práctica. *"Para Deleuze cada ser vivo y no vivo es atravesado por encuentros más o menos convenientes que amplían o reducen su territorio, al maximizar o minimizar su potencia"* (Lara, 2015:21). En estos encuentros se produce una modificación del territorio, de ahí el devenir.

La necesidad de pensar el devenir grupal desde una perspectiva holística de la realidad, es analizada también desde otra perspectiva teórica, como el paradigma ecosistémico, del que recogemos el principio de totalidad, que indica que el todo es más que la suma de las partes; es decir, no se rige por la idea de sumatividad, sino por el de interdependencia recíproca. Así lo explica el

creador de la Teoría General de los Sistemas: *"No puede sumarse el comportamiento de las partes aisladas y obtener el del todo; hay que tener en cuenta las relaciones entre los varios sistemas subordinados y los sistemas que les están superordinados, a fin de comprender el comportamiento de las partes"* (Bertalanffy, 1989:70).

## Luz, cámara...acción

Uno de los conspicuos autores de la teoría social contemporánea, Erving Goffman (1997) nos ilustra sobre el significado de la palabra persona, partiendo de la consideración que los griegos asignaban a la palabra persona en tanto máscara (*prósopon*), es decir per sona, para sonar, utilizada por el personaje teatral. Persona es el sujeto cambiando de máscara y en la sociedad es el sujeto que desempeña numerosos roles. La palabra actor deriva del griego *hypokrites*, que significa hipócrita, que deriva del verbo *hypokrisin*, que significa actuar, propia del teatro griego. Cabe destacar que también en el teatro romano la palabra persona deriva de *per sonare*, la máscara de boca ancha que permite la emisión y proyección de la voz.

Goffman (1997) sostendrá que la interacción cara a cara implica la influencia recíproca de un individuo sobre las acciones del otro cuando se encuentran en presencia física inmediata y dirá que el individuo ofrece una actuación, una representación, a través de esa máscara. Valiéndonos de estas nociones, podríamos inferir que la actuación grupal de toda persona puede estar dirigida a desempeñar cierto papel y generar en su público cierto grado de aceptación social. De allí el rol central desempeñado por quien coordina, en tanto lectora/or y copensora/or del proceso grupal.

Si la actuación es la actividad del individuo durante un período caracterizado por la presencia continua ante un conjunto de observadoras/es sobre quienes se ejerce cierta influencia, la fachada será la parte de la actuación que funciona de modo regular y prefijado, ya sea intencional o inconcientemente por parte del individuo. En el espacio grupal aparecerán fachadas y un trasfondo escénico para el flujo de la acción humana. Como dirá Goffman (1997), existe una representación colectiva que institucionaliza una fachada social en función de las expectativas estereotipadas abstractas. Todos los actores salen a escena a desempeñar su rol en esta realización dramática que se pretende sea una exhibición efectiva.

De las consideraciones precedentes y siguiendo a Marcón (2020) se desprende la pertinencia y relevancia asignada a las relaciones cara-a-cara en los procesos de enseñanza-aprendizaje, en tanto *“el rostro (la cara) es un sistema expresivo del ser, incluyendo procesos (la mirada, la voz) que particularizan posibilidades de vinculación”* (p. 1). Agrega Marcón, en relación a los procesos pedagógicos, que nuestros comportamientos, caras y caretas, varían situacionalmente, por lo que *“el cara-a-cara es, entonces, un careta-a-careta, orden de lo real que no deslegitima el vínculo pedagógico, pero habilita la identificación de distintas caras”* (2020: 1). Concluye este autor: *“Y subrayamos: no por ello esos rostros son menos genuinos, menos legítimos ni menos operativos. Son, eso sí, distintos. No podemos predecir a futuro, pero hoy podemos estar tan seguros de que ellos no pueden suplantar a los anteriores como que coexistían, aunque con menos intensidad, antes del coronavirus. En este sentido el cara-a-cara no debería constituir un argumento dicotómico y sí complementario en su relación con las pantallas o barbijos tecnológicos”* (Marcón, 2020: 1).

Suponer, entonces, que la virtualidad impone el riesgo inevitable de lo ficcional es una generalización tan inaceptable como la que sostiene que lo virtual es irreal. Claro que esta modalidad de interacción requiere, cuando menos, el encendido de las cámaras, que haga posible un vínculo entre los cuerpos más allá de la distancia, siempre a sabiendas de que la acción -presencial o a distancia- se configura como resultado de un entramado complejo y multidimensional. Ello no se agota en ver o no al otro, sino en la posibilidad de escuchar la otredad y no reducir esa escucha a la mera proyección, lo que significa tomar una posición que nos invita a estar ahí, ponernos en juego, poniendo el cuerpo que también se manifiesta en el espacio virtual.

Desde el Trabajo Social, Fernández García y López Peñalé (2010) sostienen que enfrentar las barreras que la brecha digital imponen en el acceso a Internet y el manejo de la información digital depende de cómo las instituciones públicas y privadas -incluidas las ONG- establezcan espacios que ofrezcan a los ciudadanos nuevas formas de enfrentar los problemas.

Va de suyo que la precondition básica para pensar el abordaje de esta cuestión es garantizar las condiciones

de acceso a la tecnología a través de políticas públicas de carácter universal, tales como el programa Conectar Igualdad y la provisión de wifi de acceso libre y gratuito. Pero también existen otras brechas, como las capacidades necesarias para el uso de internet en el hogar y en medio de otras exigencias (Molina, 2020). Y podríamos agregar otra brecha, que resulta de la resistencia a apropiarse de las nuevas tecnologías de información y comunicación y que remite a la noción de obstáculo epistemofílico, desarrollado por el pensamiento pichoniano.<sup>2</sup>

## Disponibilidad e intervención con grupos

Nuestra vida cotidiana transcurre en un contexto en el que estamos expuestos a ser partícipes de sucesos y/o de acciones propias y ajenas. La existencia misma nos conduce a modificaciones a veces imperceptibles en nuestra forma de ver y actuar en el mundo, como sostiene Janine Puget (2015). Ahora, ¿qué sucede cuando algo de lo impensado irrumpe en nuestra cotidianidad, poniendo en jaque nuestra forma de convivir, de relacionarnos, de amarnos, de trabajar, de conformar grupos, de producir y hasta nuestra manera de tocar y respirar? A nuestro entender, se produce en principio, una discontinuidad entre lo representado -en el sentido de re-producir algo anterior- y la presentación -prácticas creadas en un puro presente (Puget, 2015), provocando altos grados de incertidumbre que pueden devenir en estados de sufrimiento, por tratar de seguir manejándonos con ciertos modelos que nos otorgaban tranquilidad y que en el presente y por el momento no son aplicables a esta nueva realidad. Sin embargo, al producirse una ruptura de las certezas que nos otorgaba aquello conocido y atravesar la experiencia de caminar en una zona enigmática, pueden emerger acciones creativas que instituyan nuevos modos de relación con el medio ambiente, y con ello, nuevas formas de grupalidades y de enseñanza<sup>3</sup>, si estamos disponibles.

Entendemos la disponibilidad, siguiendo los aportes de Françoise Jullien, como un *“abanico completamente abierto -sin rigidez ni evasión- de manera de responder plenamente a cada solicitud que surge (...) sin dejar de lado ni desaten-*

2. La noción de obstáculo epistemofílico fue abordada por Enrique Pichon-Rivière (1985) -a partir del concepto obstáculo epistemológico desarrollado por Bachelard- para referirse a las dificultades para aprehender un objeto de conocimiento o para efectuar una correcta lectura de la realidad. Se trata de dificultades personales de orden emocional que interfieren en el aprendizaje de la realidad y en la incorporación de nuevas informaciones en virtud de la ansiedad que éstas provocan al sujeto, por lo que esa información no puede ser pensada.

3. La expresión enseñanza surgió como un lapsus y da cuenta de la fusión interdependiente entre enseñanza y aprendizaje.

*der nada...*" (2013:35). De forma tal que, en el vínculo pedagógico, hoy, ya no sería estratégico encerrarnos en pensamientos binarios y excluyentes acerca de lo presencial o lo virtual. El contexto actual nos convoca a no aferrarnos a una sola posibilidad y esquema, sino que, y sin perder la globalidad, podamos inclinarnos a trabajar en situación y rescatar de ahí lo que la situación tiene para entregarnos.

Como ya deslizamos precedentemente, esta pandemia nos invita a estar disponibles. ¿Qué significa la disponibilidad y estar disponibles? Jullien realiza un análisis entre la noción de disponibilidad en el pensamiento europeo y el chino y sostiene la importancia de promoverla como una categoría ética y cognitiva. Desde el pensamiento europeo, la disponibilidad se relaciona más con posesiones, funciones y "*podemos recurrir a ella de un modo familiar, deslizar el término en la banalidad de nuestras frases como una apelación al buen sentido...*" (Jullien, 2013:23). En cambio, para el pensamiento chino, la disponibilidad es ética y estratégica; no se localiza, no se especifica, ni se impone. No proyecta, porque no es conducida por ninguna intencionalidad; mantiene por consiguiente todo en igualdad. No opone ni fija nada. El conocimiento, al no estar orientado, se vuelve una vigilancia que no se deja reducir. La disponibilidad mantiene en pie de igualdad todo lo que se escucha para no dejar pasar ningún indicio. Para el pensamiento chino, la disponibilidad está en el principio mismo del pensamiento. Disponibilidad de una disposición sin disposición fija (Jullien, 2013). En la coordinación de un grupo, uno de las actitudes del coordinador/a es mantener la atención flotante, capacidad para dejarse llevar por la información, permitirse resonar y, desde allí, elaborar hipótesis que siempre deberán ser confrontadas con el grupo. También poder ensayar la continencia del coordinador/a, que es la posibilidad de albergar al otro dentro de sí, sus afectos, ansiedades, proyecciones y fantasías, para devolverlas, descifrándolas, de manera que esos contenidos puedan ser reconocidos, asumidos y elaborados (Quiroga, 1986). Estas habilidades propias de la construcción del rol profesional –junto a la estructura de demora y el análisis de los procesos transferenciales y contratransferenciales- aparecen y son abordables en la modalidad grupal a distancia.

El acontecimiento dio inicio a nuevas prácticas de relación social y de cuidado, muchas de las cuales motorizan –en el actual contexto- otras formas menos desiguales de distribución de las tareas domésticas. En materia de grupalidades, un sinnúmero de novedades forma parte

de esta nueva cotidianidad: cenas familiares, reuniones de trabajo, clases universitarias, sesiones de psicoterapia, reuniones de amigas/os, clases de gimnasia, apoyo escolar, celebraciones de cumpleaños, son algunas de las múltiples actividades que vienen siendo realizadas en el marco de la virtualidad a través de diversos dispositivos y aplicaciones, algunos de los cuales nos resultaban absolutamente desconocidos. Se trata de experiencias que desafían la premisa excluyente de la presencialidad como prerequisite ineludible del trabajo colectivo.

En 1975 y en referencia al psicoanálisis, Didier Anzieu expresó: "*un trabajo de tipo psicoanalítico debe darse ahí donde surge el inconsciente, parado, sentado o acostado, individualmente, en grupo o en una familia, en todos los lados donde un sujeto puede dejar hablar sus angustias y sus fantasías delante de alguien que se supone que lo escucha y es apto para darle cuenta de ellas*" (en Robles, 2020a). En esa línea, entendemos que la circunstancia excepcional que ha significado mundialmente la pandemia por Covid-19 nos interpela acerca de promover nuevos espacios grupales donde se habilite la posibilidad de pensar-se y pensar-nos, al servicio de ampliar los márgenes de ciudadanía. Ello supone una problematización que tienda a la ruptura de ciertos dogmas que circulan en torno a la intervención con grupos. Parafraseando a Saül Karsz (2020), al referirse al concepto de eternidad imaginaria, existiría una pretendida inmortalidad que se supone caracteriza a la familia, la pareja –podríamos agregar los grupos-, en la que fracasa la esencia de dichas construcciones, lo que equivale para el autor a lo que nunca fueron en la realidad. Así, agregamos, una perspectiva esencialista podría considerar un único modo de pensar la intervención grupal, desconociendo otras muy diversas formas en que las grupalidades se manifiestan en la vida cotidiana.

## Grupos a distancia. Algunos trazos conceptuales

Recordemos que Pichon-Riviere caracteriza al grupo como "*un conjunto restringido de personas, que ligadas por constantes de tiempo y espacio y articuladas por su mutua representación interna se propone, en forma explícita o implícita, una tarea que constituye su finalidad, interactuando a través de complejos mecanismos de asunción y adjudicación de roles*" (en Quiroga, 1986:78). Dicha caracterización permite afirmar que la totalidad de elementos que componen la definición de grupo se hacen presentes en la grupalidad a distancia, con algunas restricciones y modificaciones que, huelga decir, la no presencialidad impone.



Inicialmente, los grupos a distancia requieren para su adecuado funcionamiento un número más reducido que los grupos presenciales y ello obedece a estrictas razones de operatividad. Si bien algunos dispositivos permiten capturar simultáneamente la imagen de 20 personas o más, las intervenciones grupales a distancia tornan más compleja -aunque no imposible- la interacción a mayor cantidad de personas, por lo que parece conveniente limitar el número de participantes.

La constante temporal no guarda diferencias significativas respecto a los grupos presenciales. La extensión de una reunión grupal y su frecuencia no difieren en uno y otro dispositivo, aunque el mejor aprovechamiento de las interacciones comunicativas sí requiere ciertos ajustes en la modalidad a distancia. El espacio, en tanto, presenta una doble dimensión toda vez que se construye un espacio compartido -esta vez sí virtual, a través de la red- y otro espacio individual, el de cada integrante en el lugar donde se encuentra. Aquí importa asegurar condiciones de privacidad tanto para cada integrante como para el grupo en su totalidad. Siguiendo a Lévy (1999) diremos que la virtualización produce un proceso de desterritorialización, una suerte de espacio sin fronteras claras, en el que la aparición en un espacio inasignable, como señala el autor, no impide existir. Es vital comprender que la telepresencia es presencia a distancia, donde la sincronización reemplaza la unidad de lugar, creándose, por lo tanto, una situación donde coexisten muchos sistemas de proximidades (Lévy, 1999).

La mutua representación interna -que, junto a la constelación necesidad-objetivo-tarea, constituyen organizadores internos grupales- atraviesa similares vaivenes a los que transita el proceso de incorporación de las/os otras/s en el mundo interno de cada sujeto. Del mismo modo, el reconocimiento de las necesidades comunes y complementarias; la resolución de las necesidades antagónicas; el esclarecimiento de los objetivos grupales y la definición del conjunto de actividades que el grupo habrá de realizar para alcanzarlos -tarea- resultan acciones abordables tanto en la modalidad presencial como a distancia. Lo propio se puede afirmar respecto del abordaje de los dos niveles de la tarea grupal, el explícito y el implícito.

El proceso de asunción y adjudicación de roles, finalmente, muestra en la modalidad grupal a distancia las mismas vicisitudes que en la modalidad presencial puesto que la emergencia de los llamados roles grupales fun-

cionales es el resultado de un proceso de interacción del que participan la verticalidad del sujeto y la horizontalidad grupal, con una relativa independencia del modo y lugar donde ese encuentro se produzca. Ello no implica desconocer la eficacia del contexto en la producción de las relaciones intersubjetivas, sino comprender que son otras las variables que intervienen, centralmente, en la emergencia de los roles grupales.

En relación al encuadre de la actividad grupal no presencial, podemos afirmar siguiendo a Bleger que ese conjunto de constantes dentro de las cuales se desarrolla el proceso (en Robles, 2020b) requiere en la modalidad a distancia de idénticas condiciones a las desarrolladas en la modalidad presencial. Con excepción de las modificaciones que plantea la constante espacial, el resto de condiciones constantes no muestra cambios que resulten significativos. Las constantes temporal, conceptual, personal, fáctica y vincular (Robles, 2020b) requerirán una relativa invariancia a los efectos de servir como sostén del proceso grupal y cualquier modificación en ellas tendrá que ser tenida en consideración a los efectos de analizar sus efectos en dicho proceso.

¿Qué ocurre en torno del ejercicio de la función del equipo de coordinación en los grupos a distancia? Quizá sea alrededor de este tópico donde deba producirse la mayor apertura, para alejarse de cierta mirada dogmática acerca de la intervención profesional con grupos. Una preocupación que los grupos a distancia generan en quienes los coordinan radica en no disponer del círculo, en alusión a la extendida disposición circular de las prácticas grupales en Trabajo Social. Si bien no caben dudas acerca de la dificultad de lograr esta disposición espacial en los grupos a distancia, no menos cierto resulta que no es dicha distribución aquello que asegura una intervención eficaz. La pantalla ofrece, en cambio, tanto al equipo de coordinación como a las/os integrantes del grupo, la posibilidad de mirarse en simultáneo e, incluso, mirarse a sí misma/o y, así, rectificar aspectos de la comunicación analógica. En tanto, el argumento de no poder ver todo frente a la cámara devela una ilusión también inexistente en las prácticas grupales presenciales.

La comunicación puede presentarse más organizada en los grupos a distancia, aunque no exenta de los riesgos de toda comunicación humana, ya que se profundiza la dificultad de mantener una adecuada escucha ante la existencia de comunicaciones superpuestas.

## A modo de cierre

Para concluir, creemos que, en la enseñanza universitaria muy particularmente, esta disponibilidad a la que hicimos referencia ha motivado la necesidad de activar recursos muchas veces ya existentes, pero poco utilizados: los campus virtuales, que se han visto, incluso, colapsados, ante la masividad de su uso en esta pandemia, como nunca antes había ocurrido. De allí la importancia de estar disponibles a revisar prácticas, conceptos, tareas; atrevernos a descentrarnos, a habitar el vacío, a bucear en el caos y morar en la situación con la información que ella nos brinda, abriéndonos a la categoría ética y estratégica de estar disponibles a lo que en la situación y en el vínculo pedagógico emerja.

Deberemos abandonar lecturas reduccionistas y antagónicas acerca de lo presencial y lo virtual, que no suman aportes a la reflexión, y atender las voces de quienes demandan satisfacción a sus necesidades, puesto que es allí donde el Trabajo Social deberá ejercer una activa y revisionada presencia.

Si consideramos que no hay nada en el ser humano que no sea la resultante de la experiencia vincular, sea con otros/as significativos o secundarios/as y, si actualmente lo grupal presencial se manifiesta en el orden del peligro por las condiciones del contexto, es oportuno como

docentes universitarias/os, como profesionales y como humanas/os, reflexionar si la jerarquización excluyente y antagónica de los grupos presenciales, en detrimento de los grupos a distancia, no es una nueva resistencia, como aquella que anunciaba Anzieu cuando teorizó sobre lo grupal.

Creemos que es tiempo de analizar críticamente qué movimientos componen o descomponen nuestra existencia, lo cual incidirá inmediatamente en nuestro mundo vincular, creando nuevas posibilidades de ser con otras/os.

Como docentes y en la breve experiencia de un cuatrimestre donde ensayamos los grupos a distancia como posicionamiento ético ante el ASPO y guiados por la convicción de estar disponibles a lo que surgiera en el proceso de aprendizaje, podemos concluir que tanto los grupos presenciales como los grupos a distancia son formas de expresión y organización de los seres humanos, que pugnan por no aislarse y construir modos de relacionarnos más solidarios y democráticos, aun en condiciones de excepción. Lo propio hemos podido advertir en nuestras intervenciones grupales profesionales, donde el espacio virtual desterritorializado ha constituido la posibilidad de albergar a otras/os y no suspender la vida cotidiana a la espera de una ilusoria normalidad imaginaria que nunca fue ni será posible.

## Bibliografía

- Anzieu, D. y Martin, Y. (1971). *La Dinámica de los Pequeños Grupos*, Kapelusz, Buenos Aires.
- Badiou, A. (2013). *La filosofía y el acontecimiento: Con una breve introducción a la filosofía de Alain Badiou*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Berenstein, I. (2009). Unidad 1: Vincularse y desvincularse. Sus variedades. Curso: Las Parejas y las Familias. Dispositivos e intervenciones. Instituto Universitario Hospital Italiano.
- Bertalanffy, Ludwig von (1989). *Teoría general de los sistemas. Fundamentos, desarrollo, aplicaciones*, Fondo de Cultura Económica, Mexico.
- Dabas, E. (1999). *Redes sociales: cómo construir la posibilidad de cambio*. Revista Regional de Trabajo Social. Año XIII. Edición 16. Vol. 15.
- Deleuze, G. (2008). *En medio de Spinoza*, Cactus, Buenos Aires.
- Duschatzky, S. y Aguirre, E. (2013). *Des-armando escuelas* (Voces de la Educación), Paidós, Buenos Aires.
- Duschatzky, S.; Farrán, G. y Aguirre, E. (2010). *Escuelas en escena*. Una experiencia de pensamiento colectivo, Paidós, Buenos Aires.
- Goffman, E. (1997). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Jullien, F. (2013). *Cinco conceptos propuestos al psicoanálisis*, El cuenco de Plata, Buenos Aires.
- Karsz, S. (2020). *Un mundo sin esperanza es un mundo con posibilidades*. La Patriada. El grito sagrado [en línea. Disponible en <http://www.fmlapatriada.com.ar/un-mundo-sin-esperanzas-es-un-mundo-con-posibilidades/>] Consulta 21 de julio de 2020.
- Lara, A. (2015). *Teorías afectivas vintage*. Apuntes sobre Deleuze, Bergson y Whitehead. Cinta moebio, 52: 17-36 [en línea. Disponible en [www.moebio.uchile.cl/52/lara.html](http://www.moebio.uchile.cl/52/lara.html)] Consulta 9 de agosto de 2020.
- Lévy, P. (1999). *¿Qué es lo virtual?* Paidós, Buenos Aires.
- Marcón, O. (2020). *Subjetividades pedagógicas y brecha digital: Del cara a cara a los barbijos tecnológicos*. [en línea. Disponible en: <http://cuestion-social.com.ar/noticia.php?id=57>]. Consulta 20 de julio de 2020.
- Molina, P. (2020). *La virtualización en la docencia universitaria: desafíos y continuidades*. En Levy, E. y Sotelo, B. (coord.) *Pensar la educación en tiempos de distanciamiento*. Reflexiones de docentes, graduadxs e investigadorxs, FEDUBA, Buenos Aires.
- Pichon-Riviere, E. (1985). *El proceso grupal*. Del Psicoanálisis a la Psicología Social, Nueva Visión, Buenos Aires.
- Puget, J. (2015). *Subjetivación discontinua y psicoanálisis*. Incertidumbre y certezas, Lugar Editorial, Buenos Aires.
- Quiroga, A. (1986). *Enfoques y perspectivas en Psicología Social*, Ediciones Cinco, Buenos Aires.
- Robles, C. (2020a). *Pensar lo grupal*. Aportes históricos a una teoría de los grupos. VI Encuentro Nacional académico de cátedras de Trabajo Social con grupos, Facultad de Ciencias de la Salud y Trabajo Social de la Universidad Nacional de Mar del Plata. Mar del Plata, 12 y 13 de marzo de 2020. Mimeo.
- Robles, C. (2020b). *El encuadre en la tarea grupal*. Ficha de cátedra. Carrera de Trabajo Social, Fac. de Ciencias Sociales, UBA.
- Rolnik, S. (1989). *Cartografía Sentimental: transformações contemporâneas do desejo*, Estação Liberdade, Sao Paulo. [en línea. Disponible en <http://radiocqueer.blogspot.com/2013/03/cartografia-sentimental-transformacoes.html>] Consulta 20 de julio de 2020.

